

según las tradiciones primitivas, que sitúan el ábside en el lado que primero ilumina el sol naciente, para que las miradas de los fieles se concentren siguiendo la misma dirección. Y de la misma manera que el alma del cristiano, así el templo de piedra queda santificado con una ceremonia, que es como su bautismo, en el cual no falta ni la imposición del nombre, es decir, la designación del titular o patrono, que ha de ser especialmente venerado en su recinto.

De este rito de la consagración o dedicación de las iglesias nos hablan los más antiguos monumentos cristianos, y puede decirse que la Iglesia no hacía más que recoger una costumbre del Antiguo Testamento, que ella misma nos recuerda en el Ofertorio de la dominica décimoocava después de Pentecostés con estas palabras: «Consagró Moisés un altar al Señor, ofreciendo sobre él holocaustos e inmolando víctimas delante de los hijos de Israel». Esto en el siglo XV antes de Cristo. En el X, cuando Salomón inauguró su templo famoso, quiso celebrar el acontecimiento con memorables festejos: los salmistas cantaban los salmos de David con acompañamiento de cítaras, los sacerdotes tocaban trompetas y encendían luminarias, el pueblo se agolpaba alrededor del edificio y los sacrificadores degollaban sin cesar bueyes, corderos, palomas, cabritos y terneros. «Y dedicó la casa de Dios el rey y todo el pueblo».

Esta solemnidad pasó al cristianismo enriquecida y espiritualizada. El, ciertamente, nos enseña que Dios está en todas partes, y que le interesa más el corazón del hombre que la morada hecha por sus manos. El universo mismo, con la bóveda de los cielos, la majestad de las montañas y la inmensidad de los mares, sería un templo indigno de su grandeza. «El cielo es mi sede, dice El mismo; y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa me levantaréis? ¿Cuál será el lugar de mi descanso? ¿No fué mi mano la que creó todas las cosas?» Por la convicción de esta verdad, el cristiano se levanta a las cumbres de la metafísica, a la idea de la inmensidad de Dios,

de su infinitud y de su omnipotencia. Su religión le coloca por encima del pagano, que concebía a su dios como un ser semejante a él, cuyo dominio no se extendía más allá del templo en que moraba. «El Dios que ha hecho el mundo, decía San Pablo en el Areópago de Atenas, no habita en templos que son hechuras de los hombres. En El vivimos, nos movemos y somos».

Ya hemos visto, sin embargo, que también el cristiano necesita su templo, no tanto para encerrar en él a su Dios, como para reunirse con sus hermanos a rezar en la caridad, y para dar al Padre un culto sincero y razonable. Y, como es natural, la casa de la oración se convierte en casa de Dios, porque en ella Dios manifiesta más que en ninguna otra parte su bondad y su poder. Y ese lugar, que se alza el tabernáculo, se erige la santa mesa y se celebran los sagrados misterios, debe estar consagrado exclusivamente al culto divino y separado de todos los usos profanos. Necesita de una purificación, de una santificación, de un bautismo, que le fije en ese destino superior y arroje de él al demonio, como se le arroja del alma. Difícil tarea, que se realiza con una serie complicada de bendiciones, cruces, exorcismos, oraciones y aspersiones; tarea reservada al obispo, al jefe de la congregación de los fieles. Cuando llega a las puertas del edificio, dice una y otra vez: «Abrid, príncipes, vuestras puertas para que entre el Rey de la gloria». Pero el enemigo defiende la fortaleza, y es preciso organizar un verdadero asalto. Una y otra vez son rociados los muros con el agua lustral, y mientras tanto el coro canta: «Del Señor es la tierra y toda su redondez, el orbe de la tierra y cuantos en ella habitan. El la ha fundado sobre los mares y la ha preparado sobre los ríos».

Al conjuro de los cánticos y de las oraciones el enemigo se debilita, las puertas se abren y entra el cortejo sagrado. Hay que tomar posesión del lugar, y este acto se realiza con un rito único en la liturgia. Los diáconos trazan con ceniza dos franjas transversales en el pavimento.